

LIBROS

Dos ensayos históricos de Américo Castro

Por Mariano PICON-SALAS

APASIONANTE problema el que suscita Américo Castro en el estudio titulado "Descripción", "Narración", "Historiografía" que abre el reciente libro suyo titulado "Dos ensayos" (Editorial Porrúa, México, 1956). Desde su monumental obra "La realidad histórica de España" el gran filólogo viene lanzando un novedoso puñado de ideas historiográficas que pueden considerarse entre las más fecundas y renovadoras de cualquier historiador de nuestro tiempo. Fue la Filología y el análisis de toda aquella vida guardada o invocada en las grandes obras literarias lo que entrenó a disparó a Castro en sus años maduros para esta exploración histórica que a veces ha asombrado a antiguos historiadores profesionales o especialistas en determinada época, quienes no querían mayor alteración o nuevos visitantes en su peculiar coto de caza. El hecho es que él ha sacado a muchos problemas históricos de su aceptada rutina, y la visión de lo español, por ejemplo, ha sido sometida a nueva perspectiva a partir de su libro "La realidad histórica de España".

Separar la Historia de todo aquel círculo determinista en que la encerró el "positivismo" y sus heterogéneas aplicaciones marxistas o conservadoras cuando pretendía deducirse de meras condiciones ambientales todo el quehacer o el comportamiento humano; cuando lo externo al hombre parecía absorber al hombre mismo, y deslindar también la Historia de la Sociología —disciplina que a veces parece su enemiga más que su colaboradora— es gigantesca tarea de la historiografía contemporánea. O la pretensión científica y generalizadora de los sociólogos hace que con frecuencia ellos se introduzcan en la Historia con ánimo de deducir leyes, a veces pensadas "a priori" sin respetar lo particular, lo irreversible histórico, su encanto y rostro peculiar, con paralela actitud a quien en un Museo de arte griego se preocupara sólo de los materiales con que se hicieron las estatuas, sin advertir la propia belleza o la diferencia que media entre una estatua de Fidias y otra de Lisipo o Policleto. ¿No han pretendido así, algunos antropólogos definirnos oronda y orgullosamente qué es el hombre por la simple explicación de algunas formas de vida de los pueblos primitivos como si entre ellos y los civilizados no mediara un largo y cambiante proceso de la conciencia humana? Quizás en relación con la Historia la posición del sociólogo deba ser como aquella ejemplar de Eduardo Meyer, el gran historiador de la antigüedad, quien después de invertir toda su vida en el estudio de las primeras civilizaciones mediterráneas escribió como testamento de sabio las conclusiones sociológicas que le enseñara su agobiadora tarea, en libro tan sustancioso y admirable como su "Introducción al estudio de las sociedades humanas y de los grupos sociales". En una comprobada se-

rie de peculiaridades históricas, se apoyaban las tardías generalizaciones de Meyer.

Castro en este trabajo —y como para fortalecer su propia teoría histórica— no cesa de seguir destruyendo los últimos fantasmas del Positivismo. Uno puede ser, aplicar a la historia la idea de "evolución", "como si el proceso creativo de lo humano guardase simetría con lo zoológico". "La vida humana no se somete a mensuraciones y previsiones: un pueblo sumido en angustia e incertidumbre puede derivar de esa misma situación grandezas historiables, insospechadas" — escribe Castro. Y además, lo histórico se resiste a "aquellas trabadas cadenas de determinaciones físicas, biológicas o psíquicas. La obra historiográfica, además de describir, narrar y estructurar hace reverberar los valores en forma eficaz y plausible". Ningún determinismo prevé cuándo nacerán un César o un Bolívar con sus personalidades irradiantes, y el auténtico historiador no podrá contentarse como en los más simples esquemas marxistas diciendo que César y Bolívar fueron tan sólo los agentes de una clase social. La Historia —advierte Castro— como "unidad de vida pluralizada" consiste en un "hacer" pero también en un "deshacerse", en un "no hacer", en un "poder hacer esto mejor que aquello"; en un realizarse de cierto modo; en suma, en aparecer como pluralidad diferenciada de "modos de existir". Y sólo semejante consideración explica las diferencias y aun antagonismos entre pueblos que tuvieron origen y enseñanza común como los europeos; las oposiciones que pueda haber dentro de una común herencia románica entre italianos, españoles, franceses.

Desde este punto de vista la Historia sería un poco la forma con que actúa la conciencia en lo que Castro llama una "morada vital"; es decir que aunque cómodamente abstraigamos las manifestaciones espirituales de una época llamándolas, por ejemplo, Renacimiento y Barroco, cada nación incorporará en estos esquemas su "vividura" peculiar. (Desde su libro sobre España, Castro viene llamando "vividura" este propio estilo de expresar o de rechazar —porque la Historia da también cuenta de lo que no pudo hacerse— insito a cada comunidad humana. "Vividura" no tiene nada que ver con "vivencia" o captación e ilumi-

nación intuitiva de la realidad.) Y frente a la abstracta y un poco descolorida generalización a que aspiran los sociólogos, el historiador se encuentra "con una serie de estructuras fundadas en una ipseidad de conciencia". Cualquiera forma externa que influya en el acontecer —Economía, estilos, modas, técnicas de aprendizaje— no se resolverán autónomamente sino en función de esa "morada vital". Fue distinto, por ejemplo, el humanismo germánico del italiano. La palabra "Renacimiento" encubre distintos linajes de peculiaridad cuando se pasa de Italia a España o a los países nórdicos. Con métodos de investigación importados de las Universidades alemanas los norteamericanos de hoy dieron a la Ciencia otros fines y alcances de los que había tenido en Alemania. Diríase que de los estilos e ideas universales, cada comunidad escoge o rechaza lo que conviene a su "morada vital".

¿Qué es, pues, la Historia: ciencia o arte de ver? nos preguntamos leyendo estas vivaces páginas polémicas de Américo Castro. La definición más perogrullesca —quizás la más acertada para no enfrascarnos en otra discusión ancilar sobre los límites de la Ciencia y el Arte— es que la Historia es Historia, género de conocimiento específico. Y el autor acentúa: "Historiar requiere entrar en la conciencia del vivir de otros a través de la conciencia del historiador, es decir sirviéndose de su vivencia del vivir de otros. Con esto se enfoca el problema de si la historiografía es ciencia o forma literaria." Y es claro que no sólo la objetividad científica y el escrúpulo con que manipule el documento y haga la prueba testimonial, socorren al historiador en su empresa, sino una intuición y comprensión más alta que se homologa curiosamente con la del artista. Los grandes esquemas o abstracciones con que se trata de ordenar y periodizar el pasado, de poco valen si junto a ellos no se aclaran "sus agentes creadores y quienes las mantenían en vida". Si junto a la abstracción metódica, no situamos la concretización personificada. Ya Spengler trataba de buscar entre la masa de hechos y episodios que integran cualquiera Historia, lo que él llamaba el "símbolo primario". Pero el concepto de "vividura" no es sólo el signo o símbolo que subyace en la vida de cualquier pueblo, sino también su posibilidad de asimilar o repeler otras formas; su fluencia temporal. Con imagen de geólogo Spengler miraba las culturas como cristalizaciones cerradas, como cuerpos autónomos o suficientes. Castro las contempla dotadas, también, de intercomunicación que no impide que cada pueblo impregne toda corriente universal de su propia "vividura". Un fenómeno como el de la expansión del Cristianismo se descompone así: "fue primero expansión de grupos hebreos, después de colectividades helénicas y más tarde del mundo romano. La moral del 'ama al prójimo como a tí mismo' es hebrea; la dogmática del verbo *logos* es neoplatónica; la jerarquía político-imperial fue romana".

Otras páginas de gran agudeza destina Castro en su trabajo a distinguir la "descripción" y "narración" de un hecho de su contenido historiográfico. Si el hombre según la conocida expresión diltheyana se realiza como "historia" ya que poco podría explicarnos en el simple or-



den de la naturaleza, es claro que en el inmenso caudal de hechos que constituye la vida de una comunidad no todo tiene significación historiable. ¿No se semeja esta intuición u olfato selectivo del historiador a la del gran artista? ¿No lo fueron historiadores como Tácito, Ranke, Michelet? Cuidado si el positivismo que no veía otra ciencia que la natural sacrificó esa fineza receptiva del historiador, su cuidado por el matiz y la concretización, al fárrago documental o a una prematura manía generalizadora. Con el más tenaz denuedo el gran filólogo e historiador español viene luchando desde hace años para que la Historia vuelva a incorporarse como una de las más ejemplares disciplinas humanísticas, y en contraste de la limitada especialización en que se afanan las ciencias de nuestra edad, la tarea del historiador es más bien totalizadora. Historiar es, así, mucho más que una técnica para reunir o periodizar épocas y documentos; es esclarecer una trama de vida.

CRÓNICAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA NUEVA ESPAÑA. Prólogo y selección de Francisco González de Cossío. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México. Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1957. 252 pp.

Hasta su muerte los hombres no pueden escapar a una realidad que, escabulléndose, los configura y confirma: su mutabilidad. El hombre es devenir, es en el tiempo. Sólo ahí su existencia se hace patente, pero, del mismo modo, el existir revela la mutación misma. El ser en un instante supone el ya no ser en el instante anterior. Dualidad ésta que en la correspondencia identifica a sus partes. Inmerso uno en otro, hombre y tiempo, hasta el término van, espejo frente a espejo, reflejándose y reconociéndose.

Otro tanto podría decirse de la historia, que al fin no es otra cosa que un recurso del que el hombre echa mano para detener eso que irremediablemente pierde. Aunque los autores de estas *Crónicas* no tienen más pretensión que narrar la vida de la Compañía de Jesús en la Nueva España, de una forma casual y sin proponérselo recuperan aquel tiempo que de otra manera se hubiera, irremediablemente, diluido. Y es que toda narración de un hecho real implica ya —aunque de una manera incompleta, dado que sólo puede aspirar a ser re-producción—, la recuperación del hecho mismo.

Se incluyen en este libro las cinco crónicas que se produjeron durante la época de la Colonia en el seno de la Compañía de Jesús: la *Relación Breve*, anónima, aunque el prologoista insinúa que el autor puede ser Pedro Díaz, escrita hacia 1602; la *Relación* de Juan Sánchez Baquero, escrita hacia 1609; la *Crónica e historia religiosa de la Compañía de Jesús en México*, a mediados del siglo XVII; la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús*, de Francisco de Florencia, cuyo primero y único tomo fue editado en 1694 y la *Historia de la Compañía de Jesús en México*, del erudito y culto Francisco Xavier Clavijero.

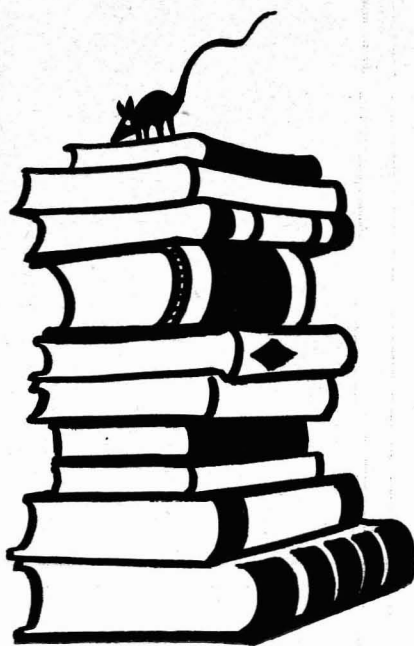
Si bien con marcada intención de dar a conocer exclusivamente la historia de la Compañía, en estos relatos no deja de

mezclarse una visión del ambiente, costumbres, fenómenos, en fin, de aquellos tiempos. Es de gran importancia, pues, que se hayan publicado estas *Crónicas*, tanto por su valor histórico como por lo que significa su divulgación.

H. P.

VICENTE T. MENDOZA, *Panorama de la Música Tradicional de México*. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México. Imprenta Universitaria. México, 1956. 257 pp.

Para el común de las gentes se había vuelto una verdadera confusión el conocimiento de toda esa amalgama indiferenciada en que se presenta la música mexicana en la actualidad; debido a las frecuentes fusiones que ha padecido para adquirir la forma definitiva en que se presenta actualmente. El presente estudio ha venido a llenar una necesidad inaplazable: la de deslindar, con juicios especializados, el origen y la verdadera naturaleza



de las diferentes corrientes musicales cultivadas en México.

Para lograr una perfecta solución de continuidad entre los antitéticos elementos que han robustecido la vena musical de México, Vicente T. Mendoza apoya su estudio sobre tres importantes cimientos: la música indígena, la música española de los siglos XVI, XVII y XVIII y la música mexicana. A través de este proceso, asistimos al origen del primer esbozo musical, a su autóctona madurez, y al momento en que pierde su raigambre indígena para asimilar la influencia de la música española. De tal mestizaje resulta la música mexicana; la cual no es, en último término, sino la heredera de una mínima parte de la música indígena, con una gran dosis de la ágil y penetrante música española. No es de extrañar, por lo tanto, el parentesco existente entre la música mexicana y nuestra nacionalidad. Ambas son el resultado de dos fusiones: la cultural por una parte, y la racial por la otra.

Para el investigador, para el curioso, este libro viene a ser un documento indispensable para el conocimiento de nuestro pasado musical, auxiliado por amplias

bibliografías y grabados que señalan, desde su origen, todo el desarrollo de la música tradicional de nuestro país.

H. G.

CASSIANO RICARDO, *"La Marcha hacia el Oeste"*. Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica. México, 1956. 611 pp.

Este libro es un ensayo de crítica histórica y psicología social. Trata de definir el sentido dinámico de la nación brasileña en cuanto a su impulso inicial, su desarrollo y su destino. El bandeirante es la clave.

El bandeirante, a diferencia del terrateniente establecido durante los tiempos coloniales en el litoral, vivía entre las sierras mezclado con los aborígenes, y separado de los demás grupos por grandes distancias. En el territorio que ocupaba no había piedras para construir grandes casas, y la tierra, impropia para el monocultivo del azúcar, impedía el establecimiento del latifundio. Los bienes que poseía valían bien poco en comparación con los que le ofrecía la imaginación. A diferencia del colono del litoral, no vivía con los ojos fijos en los caminos marítimos que provenían de Europa, sino que tenía ante sí un continente desconocido que lo invitaba a calzarse las botas y a ponerse en marcha hacia el oeste.

La bandeira, el grupo en movimiento, constituía un pequeño Estado desligado del gobierno colonial. Su organización se caracterizaba por una jerarquización de las razas en la división del trabajo. El blanco o mestizo dirigente; el indígena batallador; el negro laborioso, componían la trama moral de la bandeira. Étnicamente, el mestizaje era su signo; políticamente, la democracia era su ambiente.

Cassiano Ricardo no estudia al grupo en términos de caminos, rutas y fechas. A él no le interesa tanto el relato de sus luchas contra los enemigos y su búsqueda del oro y las piedras preciosas. Lo que le importa principalmente es el análisis de su dinámica interna, vista al través de su comportamiento psicológico.

Observada de este modo, la bandeira parece moverse indistintamente dentro del mito y dentro de la historia. La leyenda la acompaña del principio al fin. El mito indígena del oro y las esmeraldas le dieron vida; sus hazañas crearon el mito de que sólo una raza de gigantes pudo conquistar a pie un continente. Y al mismo tiempo los archivos, que guardan toda clase de documentos firmados por los bandeirantes, rinden testimonio inequívoco del carácter completamente histórico de la bandeira.

Mito e historia. Este libro expone los vínculos que de diferentes modos ligan íntimamente lo presente con lo pasado, y sugiere una proyección hacia lo porvenir. El movimiento social comenzado por el bandeirante todavía no concluye en el Brasil. Este movimiento creó las fronteras geográficas del país. Pero dado que para cualquier pueblo bandeirante, como dice el autor, el tiempo es una especie de frontera en movimiento, el brasileño de nuestros días camina ahora "en pos de tres nuevas fronteras: la económica, la espiritual y la sentimental".

A. B. N.